

por ellos despreciaba los consejos de paz. Le declara que hasta entonces siempre habia pretendido la gloria del Rey, pero que en adelante seria protector de sola la verdad, y seria testigo de su mala conducta. » Dios sabe, le dice, cuánto os amo desde que os conozco, y no ignorais con cuánto trabajo y desvelo me apliqué por todo el año pasado con otros vasallos fieles á procurarlos la paz. Temo que hemos trabajado en vano por vos: porque es cierto que muy presto y con demasiada ligereza os habeis separado de los consejos prudentes y juiciosos que os habiamos dado; supuesto que á lo que yo entiendo os apresurais, no sé por qué sugestion diabólica á suscitar los antiguos males que con tanta razon sentiais haber cometido.

Mas haced lo que quisiéreis de vuestros Estados, de vuestra Corona y de vuestra alma: pero los que somos hijos de la Iglesia no podremos veros con indiferencia, ultrajar, despreciar y pisar á nuestra Madre. Entretanto que todavía lloramos los males que tanto la han afligido, estamos sintiendo los que de nuevo la amenazan, y seguramente pelearémos por ella hasta morir, si es necesario, con las armas que solamente podemos emplear; no son estas el arnés y la espada, sino los gemidos y oraciones. Dios me es testigo de las que diariamente he derramado con humildad en su presencia por la paz, por vuestra salud, y por vuestro Reyno. Tengo presente además el haber defendido vuestra causa delante de la Sede Apostólica con cartas y diputaciones hasta casi interesar la pureza de mi conciencia, y lo que no debo negar, hasta merecer la justa indignacion del Supremo Pontífice. Mas ya que me mueven vuestras continuas violencias, y que no cesais de renovarlas todos los dias, os diré con franqueza que ya empiezo á arrepentirme de mi imprudencia pasada, por la que hasta ahora he condescendido mas de lo que debiera con vuestra juventud; en adelante sostendré constantemente los intereses de la verdad, segun la corta extension de mi poder.

» Os declaro que si continuais de esa suerte no tardará el castigo en venir: de este modo mi Señor y mi Rey, os advierto tiernamente, y os aconsejo con sinceridad, que pongais término quanto antes á esta persecucion; para que como el Rey de Ninive procureis con humilde penitencia prevenir la mano que se dispone para castigaros: os hablo con dureza, pero es mas duro todavia lo que temo que os suceda. Tened presente lo que dice el Sabio; *Mas valen los golpes de un amigo, que las engañosas caricias del enemigo* (Prov. 97.).

XVI. En la carta 223 se justifica San Bernardo con Joselino, Obispo de Soissons, el que al principio de su carta escrita al Santo, habia puesto: *Po os saludo en el Señor: y deseo que esté lejos de vos la blasfemia*. Al mismo tiempo le pide mayor zelo para vengar las injurias de Jesuchristo y de la Iglesia. » De ningun modo creo, le dice, que tengo el espíritu de blasfemia, y no me acuerdo haber maldecido á nadie ni lo he deseado, y mucho menos á un Príncipe del pueblo del Señor. Por último, de qualquiera modo que yo haya podido ofender á vuestra serenidad, os pido perdon. Porque bien sé de quién son estas palabras: *Nos maldicen, y nosotros bendicimos* (2. Cor. 4.). Y yo digo con Job. *Una cosa he hablado, ojalá no la hubiera dicho, y otra á la que no añadiré mas*. En mi carta al Abad de S. Dionisio sobre esta queja que os es comun, habia respondido á los dos, y me parecia haber satisfecho. Mas como veo que todavia no habeis apurado toda vuestra cólera, la que puede ser que estuviese mas justamente empleada contra los perseguidores de la Iglesia, os digo con toda claridad que no he dicho, escrito ni pensado que fueseis cismáticos ni autores del escándalo, y no temo que mi carta me convenza de mentira. Suplico que la exâmineis, y si hallaseis que es asi, confesaré que soy reo de un grande sacrilegio, y que efectivamente, como me advertis, estaba agitado del espíritu de blasfemia quando la escribia.

No obstante, para que no parezca que la humilde satis-

faccion me quita la libertad, os declararé con toda franqueza que me he visto muy afligido, y aun lo estoy, viendo que no estais armados de aquella libertad que os seria conveniente para vengar las injurias de Jesuchristo, y defender los privilegios de la Iglesia. Este dolor me hizo escribiros con dureza; no tanto como me reprehendeis, porque yo lo tenia creido, y si no temiera daros pesadumbre, aun creeria que no os basta no ser los autores del cisma, sino empleais todas vuestras fuerzas en reprehender á los que lo son, por grande dignidad que tengan, y si no teneis por exêcrables sus consejos y su comercio. Me parece que os seria muy glorioso el poder decir: *Yo aborrezco la junta de los malos, y no tomaré asiento entre los impios* (Salm. 29.). ¿Acaso este zelo era solo del Profeta? ¿No le está pidiendo hoy dia del Presbítero del Señor á quien decia el mismo David: *Señor; no aborrezco yo á los que os aborrecian? ¿No he mirado con horror á vuestros enemigos?* A la verdad, si lo puedo decir sin ofenderos, bien desearia yo que hubierais empleado ese zelo con el joven Rey, que ha hecho inútiles, sin motivo alguno, vuestros avisos y reconvençiones. Está turbado todo su Reyno sin razon; por todas las partes suscita la guerra al cielo y á la tierra: despoja las Iglesias, y profana las cosas santas: ensalza á los malos, persigue á los buenos, y quita la vida á los inocentes. Quisiera, dixè, que esto os afligiese, y os atreviéseis á resistir y oponeros en quanto os fuere posible. Mas á mí no me pertenece enseñar á un doctor, y mucho menos reprehender á un Obispo que tiene derecho para corregir mis desarreglos y los de los otros. Ya veis como os temo, os envio esta carta cerrada, porque la otra que iba abierta os hizo concebir malas sospechas de mí; aunque á la verdad, no tuve otro pensamiento para hacerlo así, sino executar lo que ordinariamente se acostumbra quando se escribe una carta para diferentes personas, y es no sellarla. Vuelvo á pedir perdon sobre este artículo.”

La carta 224 fué escrita á Eusebio, Obispo de Palestri-

na. Le expone San Bernardo la mala conducta del Rey Luis, y los males que habia hecho á la Iglesia, á los Obispos y á otras personas. “Dice Jeremias, hablando al Señor por sus enemigos: *Acordaos de que me he puesto en vuestra presencia para suplicaros que les perdoneis, y para apartar vuestra indignacion de ellos; por lo qual, Señor, abandonad sus hijos al hombre, y hacedles pasar por el filo de la espada.* Y otras semejantes imprecaciones que hace contra ellos. He creido que debia hacerlas presentes á vuestra reverencia; porque advierto que me ha sucedido lo mismo que al Profeta. Bien sabeis como me he presentado á mi Señor por el Rey, aunque ausente en el cuerpo, pero presente en el espíritu para decir bien de él, porque prometia executarle. Mas ahora que en lugar del bien que prometia, hace mal, me veo en la precision de escribir muy de otro modo. Vergüenza tengo de mi error, y de la esperanza falsa que yo habia concebido, y aun doy gracias á Dios de que no me haya oido quando con tanta sencillez le solicité á su favor. Me parecia que servia á un Rey pacífico, y he estado favoreciendo á los pensamientos de un poderoso enemigo de la Iglesia. Entre nosotros se ven pisadas las cosas santas: la Iglesia reducida á servidumbre: se impide que se haga la eleccion de los Obispos: y en donde se halla que los Eclesiásticos se hayan atrevido á hacerla, no se le permite el exercicio al electo. Por último, la Iglesia de Paris se consume sin Pastor, oprimida con la tristeza, y no hay quien se atreva á hablar de nombrar otro.

“Hasta aquí llega mi zelo. Yo puedo reprehender, mas no reformar, pero puedo advertir al que tiene el poder. Al zelo del Papa pertenece trabajar en este punto. He creido que los grandes trabajos y peligros de la Iglesia nos obligaban á imitarle, y que ninguno como vos, á quien particularmente honra con su confianza y amistad pudiera hacerlo; suplico que me excuseis con él, sobre que viendo que el Rey mudaba de pensamiento, tambien yo mudé de estilo. Bien sabeis

que el Profeta del Señor, le decia al mismo Dios: *Cum innocente, innocens eris, & cum perverso, perverteris* (Salmo 17.).

En la carta 227 pide San Bernardo con instancias su auxilio al Obispo de Soisons: » Como soy tan miserable, le dice, de espíritu y de cuerpo, siempre he necesitado que me sirvan mis amigos, pero ahora mas que nunca merezco su compasion, desde que oprimido con los remordimientos de mi conciencia, abatido baxo la mano del Señor, y hecho severo Juez contra mí mismo, me he condenado á una rigurosa prision. Si conservais todavia para conmigo la calidad de Padre, pues confieso que siempre lo habeis sido, manifestadla á vuestro hijo. A este hijo; quiero decir, cuyo afecto para con vos jamas se ha entibiado. Sé muy bien que no es facil quitar á Hércules la maza de las manos, y porque pido una cosa muy dificil, redoblo mis instancias. Mas quanto mas grande es la dificultad, mayor será mi reconocimiento. Me confesaré deudor, segun la naturaleza del beneficio, si le llevo á conseguir. No ignoro que es mas el dar que el recibir; pero me rindo á la necesidad; salgo al encuentro al peligro, preveo los impedimentos; y hoy olvido y disimulo todos los cumplimientos. De este modo, cediendoos, como es justo, todo quanto en el caso hay de honorífico, tomo para mí todo quanto humilla, y no soy menos importuno en pedir, que seré atrevido al recibir. Pido, pues, sencillamente; lo executo con instancias oportuna é importunamente, pues solicito de vos una gracia que os conviene conceder, y yo no me arrepentiré de habérsela recibido; aunque puede ser que no sea mucha prudencia pedírosla al presente de este modo: no obstante, si librais al pobre de un enemigo poderoso, me hareis á mí un grande beneficio, y aun mucho mayor á vuestra persona. Os he dado á entender lo que deseo, vos sabeis el asunto, y los afligidos esperan el buen éxito.”

La carta 228 está escrita á Pedro, Abad de Cluni, que

se quejaba de que San Bernardo no le respondia. ¡Y qué! ¿de este modo, le dice, se chancea? Bien sé que este es el lenguaje de la estimacion y la amistad, pero no debe pasar el juego hasta la burla. No os admireis de esto que digo: unos favores tan repentinos, y no esperados, se me hacen un poco sospechosos. No ha mucho tiempo que escribí á vuestra grandeza, y os saludé con el respeto que se os debe, y no me volvisteis una palabra por respuesta. Un poco antes os habia escrito desde Roma, y no recibí de vos una sílaba: no obstante, hoy os admirais de que desde mi regreso de España, todavia no haya vuelto á enviaros todas mis chanzas regulares. Si yo estoy culpado en no haberos escrito por qualquier pretexto que sea: á la verdad, ¿no lo estareis vos por no haber querido, por no decir, por no haberos dignado de responderme? Esto es, ya que me lo preguntais, sobre lo que pudiera la justicia sentenciar en mi favor, si yo no quisiera mas salir al encuentro á vuestra benevolencia, que volver á mí, que retardarme el placer de este regreso, pretendiendo en vano justificarme, ó echar á otro la culpa. He dicho esto por no ocultar en el corazon lo que no me atreviese á declarar: los verdaderos amigos tienen por delito este disimulo: mas pues, *la caridad todo lo crea*; desterraremos muy lejos toda sospecha. Yo me alegro de que penseis en avivar de nuevo el fuego de nuestra antigua amistad, y de volver á llamar un amigo que se sintió herido: vuelvo con mucho gusto, pues me llaman, y es grande fortuna mia que asi lo executen; ya no me acuerdo de ninguna injuria; ya me veis tan sacrificado á vuestra santidad, como lo estaba en otro tiempo. Gracias al Señor, estoy bien colocado, pues me hallo todavia en el fondo de vuestro corazon, segun lo que os dignais de decirme; si acaso el mio, como me lo echais en la cara, estaba algo resfriado, presto se volverá á encender ahora que está en medio del vuestro.”

Eché mano con alegría á la carta con que me acabais

de honrar, la leí con ansia, la releí con gozo; y gusto de volver á leerla muchas veces. Os confieso que el modo con que en ella os chanceais, me causa un placer extremo: ¡ qué gracia tienen los chistes de vuestro entendimiento! ¡ Qué solidéz sus idéas! A la verdad, que no sé cómo lo haceis para pensar vuestras palabras con tanta prudencia, y sazonarlas con tantas gracias. Haceis que vuestro estilo sea alegre sin niñerías, y le conservais tal magestad, que nada quita á las gracias de la chanza; siempre se sostiene de tal modo, que se os pudieran aplicar con razon estas palabras del Santo Job: *Si yo reía algunas veces con ellos, no lo podían creer.* Ya veis que os he respondido, y al presente tengo derecho para exigir de vos otra mas dilatada respuesta; pero es justo que esteis informado de lo que á mi toca. He resuelto no salir del Monasterio sino una vez al año para asistir al congreso de los Abades del Orden del Cistér; aqui sostenido con vuestras oraciones, y consolado con vuestra memoria estoy esperando á todas horas en los pocos dias que me restan de combate, que llegue mi mutacion. El Señor se digne de favorecerme, y de no apartar de mí su misericordia ni vuestras oraciones. Me veo gastado de fuerzas, y al presente tengo legitima excusa para no andar corriendo por todas partes como solia. Quiero, pues, callar y descansar por ver si recibo alguna cosa de aquella dulzura interior de que estaba tan lleno un Santo Profeta quando decia: *Bueno es esperar en silencio la salud del Señor* (Lani. 3.); y porque no parezca que habeis sido solo en la chanza, creo que en adelante no os atreveréis á reprehender mi silencio, ni á llamar como acostumbrais modorra, lo que Isaías llama con mas propiedad el cultivo de la justicia; ademas de que en el mismo Profeta leéis: *Vuestra fortaleza será en el silencio y en la esperanza* (Is. 30.). Encomendadme si os parece á las oraciones de los Religiosos de Cluni, saludándolos primero en nombre de su siervo."

La carta 229 es la respuesta que Pedro el venerable dió

á San Bernardo. Esta carta es en extremo larga, referirémos solamente algunos rasgos. „Puede ser que vuestra Santidad, le dice el Abad de Cluni, que siempre es viva en sus juicios, se admire de que responda tan tarde á la cortés y chistosa carta de un amigo á quien yo debiera haber prevenido con prontitud en el mismo tono de chanza, no lo atribuyais á descuido ni á desprecio; dexad estas sospechas, porque estoy muy distante de merecerlas. En punto de cartas, no he recibido otra con mas gusto, ni la he leído con mas ansia. El que me la traxo es en parte la causa de esta tardanza; porque llegando á Cluni, y no hallándome alli, por estar en el Monasterio de Marciñi, que está muy próximo, no me entregó, ni me envió la carta que le habian encargado, sino que la dexó en la Abadía.... Al fin ya la recibí de mano del Su-Prior. Inmediatamente sentí un grande contento; y aunque antes me animaba un afecto particular ácia vos, creció todavia mas con la lectura de esta carta, desde la qual volaban á mi corazon tan vivas centellas del vuestro; en el instante se desvaneció toda la tibieza, ó la indiferencia que pudiera haber en mí. En el exceso de esta alegría hice lo que no me acuerdo haber hecho jamas, sino por respeto á los Libros Santos. Besé la carta despues de haberla leído, y para excitar, según mi costumbre, á vuestro amor, á quantos Religiosos pudiese; pues por entonces no se le podia inspirar á todos; volví á leer á los que estaban al rededor de mí lo que habia leído para mí solo, y los incliné en quanto pude á aficionarse á vos aun con mas fuerza. Despues guardé la carta con la plata y oro que reservo ordinariamente para hacer limosnas en mis viages, según el exemplo que me dexaron los antiguos Padres, y nada me convenia mejor; porque vuestra amistad es para mí mas preciosa que todo el oro y plata del mundo."

„No me acuerdo, como me decís, de algunas injurias, y esto tiene conexiõn con la materia de que voy á hablar. No me chanco yo quando se trata de secretos ódios que muchos

fomentan en sus corazones , de donde yo procuro seriamente desterrarlos. Reconozco la obligacion de excitaros á trabajar sobre esto. Yo seré el primero que perdona á todos , y empezaré por mí , para que así lo hagan los otros.

» Acaso , me direis : ¿ de ese modo gustais de chancearos ? Así es ; pero esto es con vos : solo con vos , y de ningun modo con otros ; porque con ciertas gentes temería yo salir de la gravedad conveniente , cayendo en frívolas conversaciones ; mas con vos no lo temo , porque siempre avivo la caridad , para que ésta no desmaye. De este modo , es para mí grande placer emprehenderos con chistes , y fomentar con festivas reconveniones la dulzura de nuestra recíproca amistad : porque , en quanto me es posible , procuro no ser ya del número de aquellos hermanos que aborrecian á Josef en su corazon , y no le podian decir una palabra pacífica. ¡ Ojalá quisiera el Señor , lo digo sin gloriarme , que todos nuestros Religiosos , y los vuestros hiciesen lo que nosotros , y no se saliesen de la linea de la caridad , que es la unica que despues de la fe , y el Sacramento del Bautismo les da el nombre de hermanos , y temiesen lo que llama el Apóstol *peligros entre los falsos hermanos*, &c. ! (2. Cor. 11.)

» Escribió San Bernardo á los tres Obispos de Ostia , Frascati , y Palestina en favor del Abad de Lañy , asegurándoles la inocencia de este Abad. » Os digo con toda resolucion quanto me viene á la boca ; porque si teneis que sufrir alguna cosa de mi imprudencia , vuestra caridad que os hace deudores á los sábios y á los ignorantes , os inspirará sin duda que me perdóneis : no digo esto por aventurar inconsideradamente una palabra indiscreta , ni por ligereza , ni por juego ó chanza con vosotros , á quienes miran como á columnas de la Iglesia. Habla mi boca de la abundancia del corazon , y la verdad impaciente de callar por tanto tiempo pública por ultimo el interior dolor que la oprime ; porque os confieso , que ya los pies parecia que me faltaban , y que me caía en aquel hor-

rible trastorno en que la malicia parece haber triunfado de la prudencia. Por todas partes se aumentan las fuerzas de los impíos , se desarma el zelo de la justicia , y ninguno quiere , ni aun puede hacer el bien. Los sobervios adelantan sus injusticias hasta los mayores excesos , y ninguno se atreve á decir contra ella la menor palabra. ¡ Quisiera Dios , que á lo menos la inocencia estuviese en seguridad , y que la justicia tuviese poder para defenderse á sí misma ! ¿ Qué es el delito del Abad de Lañy ? ¿ Es ser buen Religioso , y mejor Abad ? ¿ Tener buena reputacion , y aun mejor vida ? ¿ Haber hecho que resplandezca con honor la piedad en el Monasterio en donde preside ; haber aumentado en él los bienes temporales ; y haberle llenado de grande número de santos Religiosos ? Este es el delito por qué le quieren castigar. Si es culpa ser agradable á Dios , y á los hombres , que le quiten del mundo , que le crucifiquen ; pues no se puede negar que lo es , y el cielo y la tierra son testigos. Si es delito amar la hospitalidad , ser sóbrio , casto , prudente , y modesto , justo es que se rinda á sus enemigos ; pues , á la verdad , en estos puntos no se le puede excusar. Está convencido de esto por la santidad de su vida , y por la voz de la fama.

» Pero le acusan de que no quiso recibir al Nuncio del Papa. El delito , si es verdadero , es grande sin duda. Pero sobre si en este particular no se hizo lo que se debia , á vosotros dexamos que juzgueis á quién se debe imputar la culpa. Tambien le acusan de que tomó por fuerza la carta del Papa de mano del mismo Humberto , y que la rasgó ; pero si ésta está todavia entera y sellada , no se la arrancó de las manos el Prevoste , como falsamente dicen , sino que la entregó voluntariamente por mi consejo , y el del Conde Tibaldo. Añaden , que puso en la carcel á algunos Religiosos ; mas esto tambien es una falsedad. Si dispersó á algunos alborotadores y sediciosos por diferentes Monasterios , temiendo que estando unidos , hiciesen mas mal , ¿ quién le podrá reprehender si juzga sanamente ?

XVII. En su carta 223 procura San Bernardo llamar con palabras tiernas y alhagüeñas al Abad Juan de Buzay, que habia abandonado su Abadía por retirarse á la soledad. »No os puedo explicar, le dice, hijo mio, con cuánta tristeza y amargura de corazon os escribo esta carta; porque estoy viendo que de nada os ha de servir, y que no os gustarán mis razones. A lo que me parece, una ó dos veces he escrito; pero en castigo de mis culpas nada ha producido mi trabajo. Voy á sembrar tercera vez, y pido á Dios omnipotente que no sea sin fruto, sino que la semilla de mis palabras produzca y tenga el efecto que pretendo al arrojarla, y por ultimo, nos alegre con los frutos de vuestra obediencia y vuestra salud. Si me escuchais; mejor diré, si Dios me oye, habré ganado á mi querido hijo: de lo contrario, recurriré á mis armas ordinarias, que son las lágrimas y la oracion. Hé llorado, y lloraré; haré que salgan de lo profundo de mi corazon tristes suspiros para sentir mis propias entrañas. ¿Quién me dará, hijo mio, que yo os vea otra vez á los pechos de mi Madre? ¿Quién os restituirá á mí con aquel reposo de espíritu, con aquella union de sentimientos, con aquel comercio espiritual, con aquella serenidad de conciencia en que en otro tiempo os poseía? Ahora que vemos disipada la mentira con la luz de la verdad que acaba de nacer, si continuais todavía en vuestra inaccion (lo que Dios no permita) no me haré yo vuestro Juez; otro lo será, y hará este exámen. Entretanto disimulo y dilato ir á vos con la vara en la mano; procuraré atraeros, si pudiere, con espíritu de suavidad y compasion; conozco que esto es para mí lo mas natural, y no dudo que sea tambien el modo mas propio de persuadiros. No tardaré en sacar contra vos la espada que tengo oculta en mi seno maternal; ésta consiste en mi continuo sentimiento, y en los suspiros que envio á Dios hasta tanto que vengais. Si con la impenitencia y dureza de vuestro corazon evitais los golpes que os tira ésta espada de mi piedad, y no puede jamás decir vuestra alma, la cari-

dad me ha herido, pensad en vos; porque no solamente la verdad, sino tambien la caridad me librarán. Pero, ¿qué es lo que he dicho! ¿Cómo, ¡infeliz de mí! podré yo quedar libre, quando pierdo á mi hijo, y me arrancan el corazon! ¿Podrán calmar mis inquietudes? ¿se mitigará mi dolor? Si todo esto no consigue el fin, os estaré manifestando en mí, mientras viva, otro Samuel: Dios quiera que no manifesteis en vos otro Saúl: os rogaré, suplicaré por vos para que vengais; venid, venid antes que llegue nuestra muerte, para que habiéndonos amado durante la vida, no nos separe la misma muerte.»

Dirigió la carta 237 á toda la curia Romana quando eligieron Papa al Abad de San Anastasio, el qual tomó el nombre de Eugenio III. Se admira San Bernardo de que sacasen á este Bernardo, Abad de San Atanasio, del reposo de la soledad para elevarle al gobierno de toda la Iglesia; y recela que un hombre acostumbrado á una vida tan sosegada, y de poca experiencia en el gobierno de los negocios, pudiese llevar tan pesada carga, de esta suerte suplica á los Cardenales que le asistan fielmente con su auxilio. Dios os perdone lo que habeis hecho. Habeis vuelto á llamar para vivir entre los hombres á un hombre que ya estaba sepultado; volveis á empeñar y á sumergir en los cuidados al que huye de ellos; haceis que el ultimo venga á ser el primero; y este ultimo estado en que se halla le pone en mayor peligro que el que antes tenia; haceis que resucite para el mundo el que estaba como crucificado, y elegis por Señor y Maestro de todos al que habia escogido el ultimo lugar en la casa de su Dios. ¿Para qué confundís los designios del pobre? ¿Para qué introducís la turbacion en el espíritu del necesitado, y de un hombre que solo respiraba penitencia? Si corria tan bien, ¿qué razon habeis tenido para cerrar su senda, cortar sus caminos, y detener sus pasos? El iba subiendo de Jericó á Jerusalén, y ha caído en manos de los ladrones, como si hubiera baxado; y después de haber tenido fortaleza para librarse de los violentos esfuerzos

del demonio, de los atractivos de los sentidos, y de la gloria del siglo, no ha podido escapar de vuestras manos! ¿Conque solamente abandonó á Pisa para que le reciban en Roma? ¿Acaso el que no pudo sostener en la Iglesia particular la segunda plaza, pretendia verse en la primera sobre toda la Iglesia?"

„¿Qué prudencia ni que razon es caer con tanta violencia asi que murió el Papa, sobre un hombre que ya se habia hecho ahí selvático? Prender á un Solitario que se esconde, y arrancándole de las manos el hacha, arrastrarle á palacio, elevarle á la Suprema Silla, revestirle de purpura y de lino, y armarle con una espada para que egerza la venganza sobre las naciones, y el rigor de los castigos sobre los pueblos....

¿Cómo pensais que está ahora el espíritu de un hombre que se ve arrancado de su desierto, de su profunda contemplacion, de su amada soledad, y se halla de repente sorprendido como un niño que le quitan del seno de su madre, y como una oveja llevada al sacrificio, empleado en unas ocupaciones tan malas, y de tan poco gusto? ¡Ay de mí! que si el Señor no le sostiene con su propia mano, no puede menos de verse brumado y oprimido con una carga, cuyo inmenso peso no conocia, y que me parece que debiera dar miedo á los gigantes; y, como se dice, á los mismos Angeles. No obstante, ya que está hecho, y que todo el mundo cree que es obra de Dios, á vosotros, amigos míos muy amados, pertenece conservar con cuidado lo que sin duda es obra de vuestras manos, con el fervor de vuestros deseos, y con la fidelidad de vuestros servicios. Si puede, pues, recibir de vosotros algun alivio; si la virtud de la caridad puede en el Señor alguna cosa; si teneis algun pensamiento de piedad; si sentís algunos movimientos de compasion, asistidle, y trabajad con él en una obra, á la que por vuestro medio le ha llamado el Señor. Inspiradle y persuadidle todo lo que es verdadero y sincero, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que le pue-

de dar buena reputacion. Hacedlo asi, y el Dios de la paz estará siempre con vosotros."

XVIII. La carta 238 es la primera que escribió S. Bernardo al Papa Eugenio. Se alegra, y se aflige con él. Como recien elevado al Pontificado, le excita á cumplir valerosamente con los ejercicios de su empleo para corresponder á lo que tantos esperaban; y á la idea que de él habian formado. Hemos sabido, le dice el Santo Abad, acá en nuestras regiones lo que el Señor ha hecho de vos, y la ruidosa noticia que se ha esparcido por todas partes. Hasta ahora he callado, meditando con silencio este punto; porque esperaba que vuestra benignidad, con sus letras, me prevendria de sus ordinarias bendiciones. Esperaba que algun hombre fiel que despachaseis, viniese á informarme de todo con orden, y á decirme todas las circunstancias. Esperaba hasta ver si alguno de mis queridos hijos venia á consolar á un Padre en su dolor, y á decirle: vuestro hijo Josef está vivo, y manda á todo el país de Egipto. De este modo, no tanto sale esta carta del corazon, como de la necesidad de condescender con mis amigos, que me la han sacado con sus instancias, y no les puedo negar lo poco de vida que me resta. No obstante, pues ya he empezado, continuaré en hablar á mi Señor, porque ya no me atrevo á decir á mi hijo: despues que el hijo ha llegado á ser Padre, tambien el Padre ha llegado á ser hijo: el que vino despues que yo, se halla hoy delante de mí: pero no tengo envidia, antes me lisongéo de tener lo que me faltaba en el que no solamente vino despues que yo, sino por mí. Tendreis á bien que yo os lo diga: yo, de algun modo, os engendré al Evangelio. ¿Quién es mi alegria delante de Dios? ¿No lo sois vos? En una palabra: ¿No es el hijo la gloria del Padre? No obstante, de hoy mas no os daré este nombre, y os llamaré con el nuevo nombre que os ha impuesto el mismo Señor. Esta mutacion es obra de la diestra del Altísimo, y muchos se alegrarán con ella. Porque asi como en otro tiempo se mudó el

nombre de *Abram* en el de *Abraham*, el de Jacob en *Israel*; y para proponeros exemplos de vuestros predecesores, *Zephas* se mudó en *Pedro*, y *Saulo* en *Paulo*. De este modo, *amado hijo mio Bernardo*, por una translacion, que esperamos que ha de ser util y agradable, es ahora *mi Padre Eugenio*. Este es el dedo de Dios que saca al pobre del polvo, y del muladar, para que se siente con los Príncipes, y para colocarle en lo mas elevado de la gloria. Ya no resta, despues de la mutacion que Dios ha hecho en vos, sino ver que la Esposa de vuestro Señor, que os ha confiado, se muda tambien á mejor condicion, y que en adelante no la llamen *Sarai*, sino *Sara*. Percibid bien lo que digo, porque Dios os dará la inteligencia. Si sois amigo del Esposo, no llameis á su Amada vuestra Princesa, sino solamente, la Princesa. No os debeis apropiár lo que á ella pertenece, sino estar pronto, si fuese preciso, para dar la vida por su amor. Si Jesuchristo es el que os ha enviado, os persuadireis á que no venisteis á ser servido, sino á servir, y á servirla; no solo con vuestros bienes, sino á costa de vuestra vida, como dixe. El verdadero sucesor de San Pablo debe decir con él (2. Cor. 1.): *No pretendemos dominar sobre vuestra fe*. Por el contrario, pretendemos contribuir á vuestro gozo. Un heredero de San Pedro le escuchará quando dice (1. Pet. 5.): *No domineis sobre la heredad, antes bien haceos el modelo del rebaño*. De este modo, la Iglesia, que ya no es esclava, sino libre y perfectamente hermosa, se verá, por vuestro cuidado, admitida á las caricias y abrazos de su Esposo. ¿De quién, sino de vos podré esperar esta libertad que merezco, si en la heredad de Jesuchristo buscáis vuestros propios intereses (lo que Dios no permita) siendo vos el que antes aprendió, no solo á no retener lo que era suyo, sino tambien á no ser de sí mismo?...

» Confieso que me alegré, mas no dexé de temblar. Me alegré; pero pasados los primeros excesos del gozo, se apoderáron de mí el susto y el temor, porque aunque no tengo el

nombre, siempre siento en mí las inquietudes y sustos de Padre. Considero vuestra elevacion, y temo vuestra caída. Contemplo el mas alto grado de esa honra, y veo el profundo abismo que hay debaxo de vuestros pies. Considero la grandezza y la gloria, y temo por los peligros, que son inevitables: porque escrito está (Salm. 48.): *Viéndose el hombre en el honor, no entendió*: lo que me parece se debe atribuir mas á la causa, que al tiempo: de suerte, que debemos comprehender estas palabras, como si dixeramos, que su elevacion obscurecia su entendimiento.

» Habiais elegido ser despreciado en la casa de vuestro Dios, y estar sentado en su convite en el ultimo lugar; pero el que os convidó, os dixo: amigo sube mas arriba, y ya os veo en bien alta elevacion; pero no os exálteis en vuestro corazon: temed que al fin suceda que oigais aquella triste queja (Salm. 101.): *Señor, en vuestra indignacion me elevasteis muy alto, y me habeis derribado por tierra*. Os hallais colocado en el mas alto lugar, pero nó en el mas seguro; en el mas elevado, pero nó en el mas firme, porque es terrible ese lugar. El lugar en donde estais es un lugar santo, es la plzza de San Pedro, la del Príncipe de los Apóstoles, en donde sentó sus pies; es la plaza de aquel á quien el Señor estableció dueño de su casa, y Príncipe de todo quanto posee. Si acaso os extraviais del camino de vuestro Maestro, en ese mismo lugar está sepultado, y se levantará á dar testimonio contra vos. Con razon confió Dios la Iglesia á tal Pastor para alimentarla quando aun estaba en la tierna edad, y en la cuna; para que, enseñada con sus instrucciones, y conservada con sus exemplos, pudiese pisar los bienes de la tierra....

» ¡Quién me diera antes de morir ver la Iglesia de Dios como estaba en sus primeros tiempos, quando los Apóstoles echaban sus redes, no para coger el oro ni la plata, sino las almas! Mucho deseo que heredeis el language de aquel en cuya Silla os sentais. *Tu dinero*, decia, *perezca contigo*. ¡Qué